

VIAJES

PEREGRINOS DEL ARTE A TIERRAS ESPAÑOLAS

Por
MANUEL OLMEDO

EL curso 2002-2003 de los Amigos de los Museos de Osuna se inició en Sevilla con la visita a la exposición de Luca Giordano, Lucas Jordán para los españoles, figura capital en la historia del Barroco europeo. La interesante muestra, ubicada en el Hospital de los Venerables, previa y detenidamente recorrido, estaba compuesta por una serie de obras maestras del Patrimonio Nacional, en las que se podían comprobar y discernir los relevantes valores cualitativos de la producción del artista, napolitano de nacimiento y de formación, discípulo de Ribera y creador de su propio estilo, en el que aunaba con poderosa personalidad las enseñanzas de su maestro y nuevas influencias de Venecia y Roma. Su éxito fue enorme y su facilidad y capacidad de trabajo le valieron el apelativo de *fa presto* (lo hace rápido). Ciertamente pintaba deprisa, que no es lo mismo que pintar con prisa. Su rapidez en la ejecución era una necesidad vital, porque tenía una mano prodigiosamente ágil, firme y segura. Era un auténtico superdotado.

En la visita gozamos de la grata y docta compañía del profesor Juan Luis Ravé, que desarrolló un sugestivo análisis de la obra de Jordán, pintor de la corte de Carlos II, a la que fue llamado para decorar al fresco El Escorial y el Palacio del Buen Retiro, y en su estancia en España que duró diez años, no sólo trabajó al servicio de la Corona, sino también para iglesias y particulares, dejando aquí una parte importantísima de su obra, tanto al fresco como en lienzo.

En la misma densa mañana del 20 de octubre de 2002, visitamos en la Fundación El Monte la muestra *Pintura y vida cotidiana en México, en los siglos XVII al XX*, muy interesante en el aspecto documental y en el artístico; y, fuera de programa, vimos una valiosa exposición de pintura religiosa carmelitana, en la Sala San Hermenegildo.

Por Castilla y Aragón

El último día de octubre nos esperaba Guadalajara, la «tierra de los enjambres bullidores, humilde y escondida, que aun ilustra el sueño de su vida con sus nobles y antiguos resplandores». De esos resplandores gozamos los Amigos de los Museos de Osuna en una grata visita anterior, pero en la ocasión que ahora nos ocupa, Guadalajara fue ciudad de paso, de descanso, en el final de la etapa prólogo de nuestro feliz recorrido por tierras castellanas y aragonesas, iniciado en Medinaceli, ciudad soriana de pasado glorioso, escenario de hazañas del Cid y de la muerte de Almanzor, en cuyo interesante casco histórico destacan el único arco romano con triple arcada existente en España, la Colegiata gótica de Santa María y el Palacio de los duques de Medinaceli.

Ya en Aragón, los Monasterios de Santa María de la Huerta y el de Piedra, auténtica joya, enaltecida por su impresionante parque natural.

Y la abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes y columna de la fe católica. «Allí la Reina del cielo, sobre un pilar, cuyo velo fueron los rayos del Sol, habló al Patrón español, y dejó sagrado el suelo».

Nuestro anterior paso por Zaragoza fue fugaz. Pero en la ocasión que reseñamos ahora, pudimos recorrerla plácidamente en visita guiada, que nos permitió apreciar sus plurales y relevantes valores artísticos.

Finalmente, Calatayud, de una extraordinaria riqueza monumental, plena de singularidades deliciosas.

Aranjuez fue el lugar de la alacre y jocunda despedida de nuestro viaje en el bien aprovechado puente de Todos los Santos. A los postres del fraternal convivio, el que esto escribe, pese a que sus condiciones canoras no eran óptimas, entonó «Los campanilleros de Mariano», basados musicalmente en unos famosos campanilleros populares. Las estrofas laudatorias, dedicadas al mentado profesor por su ingreso en la gloriosa cofradía de los jubilados jubilados, se deben a la inspiración caudalosa del maestro Cristóbal Martín, que obtuvo un éxito de clamor con sus coplas.

«A la puerta de nuestro Instituto
llegó Mariano, permiso pidió,
y en lugar de decirle que entre
ya puedes marcharte, dijo el Inspector.
¿Qué es lo que pasó?
Que Mariano cumplió los sesenta
y sin darse ni cuenta ya se jubiló.

Dos alumnos corrían al parque,
huyendo a un examen de su profesó,
Mariano a nosotros nos libre,

y al que era más torpe suspenso le dio.
Pero al otro no,
que llevaba la estampa y reliquia
del ADSL y del Microsoft.

Si supieras la entrada que tuvo
Mariano Zamora en El Corte Inglés,
que no quiso comprá en Las Rebajas
sino en la «butique» del «Iv' San Lorén».
Quiso demostrar,
que se puede viví jubilado
si tienes plantado un buen olivar.

Propina

A Mariano le dijo Amparito
cuando Marianito el Bup terminó:
—Este niño, si la Bolsa sona,
estudia en Pamplona para ser doctó.
¿Y que dijo é?
—Marianito no nos arruines
y en los Sanfermines vayas a corré.»

Madrid, escapareate del arte

Densas, provechosas y deliciosas jornadas, las que vivimos, avanzado noviembre, en Madrid, urbe famosa, que, pese a sus defectos y sus excesos (más o menos los mismos de todas las grandes ciudades), sigue siendo atractivo y generoso centro de promoción, difusión y exaltación de la cultura. En la ocasión que reseñamos brevemente, la oferta artística fue tan variada como rica: La interesante y bella colección de obras de pintores españoles, procedentes del Museo Goya de la ciudad de Castres, conjunto acogido por las salas del BBVA, en el que estaban representados, entre otros maestros, Herrera el Viejo, Orrente, Ribera, Zurbarán, Murillo, Arellano, Claudio Coello, Goya, Del Mazo, Vicente López, Fortuny, Zuloaga, Sorolla, Rusiñol y Picasso; las deliciosas acuarelas del gran marinista Turner, presentadas por la Fundación Juan March; los espléndidos paisajes de Carlos Haes, expuestos en el Prado; los de su aventajado discípulo Darío de Regoyos, en la Fundación Mapfre; una curiosa exposición en el Thyssen, dedicada a la obra maestra del Barroco *Venus y Cupido*, de Rubens, inspirada en un lienzo de Tiziano; y la extensa muestra ofrecida por el Prado bajo el título *El arte en la Corte de Felipe V*.

Y al margen de la exposiciones, en una sugestiva mañana gris y lloviznosa, el paseo por los jardines de la Alameda de Osuna que en otra ocasión memorable recorrimos guiados por el profesor Pita Andrade, que evocó los trabajos de Goya allí realizados por encargo de su protectora doña María Josefa Alfonso Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, Gandía, Béjar y Arcos, esposa de don Pedro de Alcántara Téllez Girón, noveno duque de Osuna.

La Cartuja de Cazalla

El 16 de febrero de 2003, interesante visita a la Cartuja de Cazalla, parcialmente rehabilitada cuando estaba a punto de perderse, convertida en aprisco para el ganado, tras sufrir brutales expolios a partir de la desamortización, y ahora, providencialmente salvada y convertida en Centro Cultural de Fomento de las Artes y Amor a la Naturaleza. Y todo ello, gracias al tesón de una mujer singular, Carmen Ladrón de Guevara y Bracho, propietaria y directora de la Cartuja desde hace veintiséis años. Esta dama, de opulenta anatomía y carácter fuerte y abierto, posee una personalidad poderosa, atrayente y desconcertante. Su labor acredita energía y arrestos superlativos. Con plausible claridad de expresión, desde el púlpito del refectorio, hizo una expresiva síntesis histórica de las Cartujas en general y de la de Cazalla en particular, como prólogo de la visita, en la que agregó oportunas puntualizaciones y sin perifrasis ni metáforas nos habló de sus enemigos. Y llegamos a la conclusión de que sus detractores y turiferarios coinciden en que la señora tiene unos atributos masculinos más poderosos que los de la estatua pétreo de nuestro Patrón San Arcadio.

La lección del tiempo

En los últimos días del mes loco y los primeros de marzo, visita a Toledo, la hermosa y adorable ciudad imperial, flor y nata de Castilla la manchega. La clave de nuestra peregrinación fue la magna, espléndida muestra titulada *La lección del tiempo*, una de las manifestaciones culturales más importantes del año. Ubicada en el Museo de Santa Cruz, antes hospital y siempre monumento singular, nos permitió un apasionante recorrido por la cultura y el arte en Castilla, desde los albores de la humanidad hasta nuestros días. Después, la visita al interesante Hospital de Tavera, explicada con telegráfica parquedad, y muy luego, el plato fuerte de la Catedral, joya imponderable, justamente valorada en la amena, medida y didáctica disertación del profesor doctor Emilio Campoy, también acompañante nuestro en el recorrido por Puebla de Montalbán, ciudad muy vinculada a los duques de Osuna, Talavera de la Reina, Oropesa y Torrijos, cuna de Alfonso de Covarrubias. Y ya en la jornada postrera, Almagro, la joya de la llanura manchega, de una significación especial en la historia del arte escénico por su corral de comedias, único en Europa, enclavado en un flanco de la preciosa Plaza Mayor, de forma irregular, con soportales de columnas toscanas y galerías corridas, sobre las que se levantan pisos de vivienda. Tiene además Almagro un teatro precioso, de traza romántica, que acoge actuaciones de toda índole.

En el banquete de despedida, el admirado Cristóbal Martín derramó la sal en un vibrante y jocundo canto a la espada toledana, en el que brilla su peculiar ironía.

Fiel espada triunfadora,
bruñida de fino acero,
en otro tiempo defensa
del honor del caballero,
de la virtud de las damas
y del valor del guerrero.

Hoy eres un «suvenir»
en Granada y en Toledo,
que se vende a los turistas
por ciento cincuenta euros.

Tú sigues siendo la espada
con la que mata el torero,
en la suerte que se llama
el momento verdadero.
Los taurinos te respetan,
incluso Curro Romero,
que en las páginas del *Hola*,
en el pasado febrero
ejecutaba en su boda
al lado de Carmen Tello,
para toda la afición
el último descabello.»

Símbolo, materia y obsesión

Bajo el expresivo título precedente, se celebró en Córdoba la magna exposición de Julio Romero de Torres, tan copiosa, que estaba repartida en varias y distintas salas, de las que visitamos algunas, el día 22 de marzo del año que pronto se nos acaba. Allí pudimos apreciar los valores cualitativos y humanos del popularísimo y discutido artista que, al principio de su carrera, se movió en la órbita de un realismo «casero», con ciertas influencias impresionistas, concretamente de la pintura de Gonzalo Bilbao. En lo temático tuvo una época orientalista, con obras muy atractivas. Y su personalidad inconfundible afloró al iniciarse su peculiar simbolismo, que tanta fama le dio y tantas polémicas suscitó.

Don Jacinto Benavente escribió en cierta ocasión: «Si los cuadros de Romero de Torres han de figurar entre sus iguales, sólo en el Museo del Prado deben hallar lugar, sin temor al fallo de revisión de los venideros». En el polo opuesto, la opinión de Enrique Azcoaga, a quien oí decir enfáticamente, en un coloquio: «Romero de Torres es un almanaquista pornográfico». Apasionadas y notorias exageraciones.

Romero de Torres es el primer simbolista español del siglo xx. En su obra –homenaje al amor con cálidos acentos de erotismo– palpita una entrañable unción, aun en los aspectos argumentales. Artista de sólido oficio, crea una

pintura que tiene mucho de mística, que, en ocasiones, es una amalgama de liturgia y sensualidad. Su paleta es opaca; es la de los *tenebrosi*. Y, a veces, su intención es como su paleta.

Julio Romero de Torres no es un folklorista; establece un código de relaciones internas y hace de lo cotidiano un puente para la trascendencia. Y llega a la obsesión por lo simbólico.

La Fundación Rodríguez-Acosta

En las postrimerías del mes florido, viajamos a Granada para visitar el Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta, interesante palacio-museo. «Hombre de una brillante posición económica, José María Rodríguez-Acosta no tuvo jamás necesidad de hacer del arte de pintar modo de vivir, lo que le permitió trabajar gustosamente, con absoluta independencia». Así nos habla Bernardino de Pantorba sobre el artista nacido en Granada en 1878. Su obra está encuadrada en la línea de la tradición pictórica española, aunque al margen de su señalada filiación, su espíritu inquieto lo impulsó a realizar incursiones por diversas tendencias. Culto, inteligente, sensible y generoso, fue un mecenas al que el arte español debe muy nobles estímulos. La Fundación Rodríguez-Acosta desarrolla una labor enaltecedora de la memoria del esclarecido pintor, que murió en su Granada nativa en 1941.

Junto a la Fundación, el importante legado de don Manuel Gómez Moreno (1870-1970), integrado por una hermosa colección arqueológica y artística, que incluye creaciones pictóricas del propio Gómez Moreno, más conocido por sus relevantes tareas como arqueólogo, historiador y crítico de arte, contenidas en publicaciones diversas. Fue catedrático de Arqueología árabe en la Universidad de Madrid, director general de Bellas Artes, miembro de las Reales Academias de la Historia, de Bellas Artes de San Fernando y Española, y doctor Honoris Causa por la Universidad de Oxford. Un hombre sabio, humilde y sencillo, que vivió modestamente, y cuyo patrimonio artístico, que adquirió con grandes sacrificios, podemos admirar hoy; en ocasiones, para comprar obras, restringía gastos familiares vitales.

Nuestra feliz jornada granadina se completó con la visita a la muestra presentada por la General bajo el título de *Luces del Barroco*, compuesta por interesantes pinturas y esculturas de la época, entre ellas una preciosísima *Dolorosa* de Murillo, perteneciente al Museo de Bellas Artes de Sevilla.

El árbol de la vida y Pedro Berruguete

El arte ha de cumplir una importante misión educadora, de la que son testimonios elocuentes

la exposiciones de la serie *Las edades del hombre*, a la que pertenece la que tuvimos el gozoso privilegio de visitar en la hermosa Catedral segoviana. Son estas exposiciones libros abiertos, cuyas páginas se componen de obras de arte que narran acontecimientos históricos. En la muestra citada, bajo el certero título de *El árbol de la vida*, se nos ofrecía el relato del sublime drama de la Pasión redentora de Cristo, con un prólogo y un epílogo triunfales: El de la entrada jubilosa en Jerusalén y el de la gloriosa Resurrección. Y todo, con obras de primerísima magnitud. Entre el asombro y el éxtasis, recorrimos la muestra, y en parigual tesitura, contemplamos la exposición de Pedro Berruguete en la parroquia de Santa Eulalia, en el pueblo natal de los Berruguete y de Jorge Manrique, Paredes de Nava, gala y orgullo de Palencia. Y a la provincia palentina pertenecen también Frómista y Carrión de los Condes, ambas ricas en arte, la primera con una iglesia románica singular.

Nuevamente en la provincia de Segovia, deliciosas visitas a Cuéllar y Sepúlveda, dos auténticas maravillas. Y en Valladolid, nuestro «cuartel general», pudimos comprobar el poderoso auge y la admirable pulcritud de la acogedora urbe, a la que hemos de volver para visitar el Patio Herrariano, inteligentemente restaurado – la información de Fernando Martín Sanjuán es digna de crédito –, y recrearnos con la colección más completa del arte español contemporáneo.

En Aranjuez, lugar de tantas despedidas, a mi oración jubilosa del «hasta pronto» le pusieron acentos de sabiduría histórico-artística y de festivo ingenio dos afortunados cultivadores del arte de Polimnia.

Me es muy grato reproducir las coplas en román paladino, leídas por su autor, Eloy Reina, en el Real Sitio, el caluroso día 8 de junio, Pascua de Pentecostés, del año del Señor 2003.

«Nuestro Señor Don Patricio
 –Que Dios guarde muchos años–
 ¡Gran señor!
 Con San Rafael Arcángel
 De los viajes y excursiones
 Co-patrón,
 Como siempre suele hacerlo
 Con acierto ha organizado
 Por Castilla
 Un viaje interesante
 Empezando el recorrido
 En Sevilla.
 Por la ruta de Manrique
 Y de Pedro Berruguete,
 Dos artistas
 Cada cual en su faceta
 Para traer con encanto
 Al turista.
 Valladolid y Segovia
 Ciudades para el encuentro

Atractivas,
 Palencia, tierra de Campos,
 Camino que va a Santiago,
 Emotiva
 Dos artistas consagrados
 Naturales de Paredes,
 Palentinos,
 Dos artistas descubiertos
 Por mecenas exigentes
 Florentinos.

Qué pena no haber nacido
 Con la musa de Manrique
 Para hacer
 Unas coplas a mi padre
 En el trance de la muerte,
 Como él.
 O tener esa mirada
 Profunda de Berruguete
 Y lograr
 Con frescura y elegancia,
 Las distancias y la hondura
 Que ha lugar.

Hombres de sabia grafía
 Cada cual en su terreno,
 Renovados,
 Patriotas de una España
 Que estrenaba otro modelo
 De reinado.
 Que supieron fabular
 En un mundo renacido.
 Que rompían
 Con esquemas anteriores,
 Medievales. Que sabían
 Lo que hacían.
 Que estuvieron donde siempre,
 En la almendra del secreto,
 Bien guardado,
 Que a la musa la tuvieron
 Fiel y permanentemente
 A su lado.
 Y es por esto que este reino
 Que surgiera en estas tierras
 Fue el primero
 En llevar al Nuevo Mundo
 El idioma en que se plasma
 El Romancero.»

Y, finalmente, me complazco en airear los irreprochables y ocurrentes octosílabos de Cristóbal Martín, que arremete con plausible contundencia contra la abominable telebasura.

«Se comenta y se murmura
 en Las Edades del Hombre,
 algo que no tiene nombre
 y que atenta la Cultura.

Las hermosas esculturas
 de Cristos Crucificados,
 se estremecen de amargura

y se pega el estofado.

No se aprecia la pintura
de Don Pedro Bruguete:
el Canal 47
tiene toda la verdura.

Se desprecia la hermosura
de la Imagen Medieval,
por un quiebro de cintura
de la Yola Berrocal,

Se cambian las partituras
de Mozart y de Chopín
por esa caricatura
que canta Tony Genil.

¡Ya está bien de caraduras,

de El Risitas y El Po Sí,
de Karmele y Jesulín,
de Pocholo y sus locuras!

¡De las grotescas figuras
de Tamara y Matamoros,
de Cotorras y de Loros,
en Hoteles de impostura!

Por el divino tesoro:
¡¡NUNCA MÁS TELEBASURA!!»

Este fue el clamorosamente celebrado colofón
de nuestra fecunda actividad viajera por España
en el curso 2002-2003.

VIAJE DEL VERANO 2003 “LOS 37 DEL PELOPONESO”

Por

JOSÉ MARÍA LÓPEZ PUERTA

AÑORADA, esperada y deseada, llegó la comunicación del Patronato del Arte de los Amigos de los Museos de Osuna para hacer un viaje a Grecia, El Peloponeso y algunas Islas Griegas.

Prevista la misma para partir el día 14 de septiembre, se adelantó un día, lo que auguraba buenos presagios.

El 13 de septiembre salimos, vía Barajas, hasta nuestra llegada al nuevo aeropuerto de Atenas. Era el atardecer y en nuestro vuelo habíamos visto las Islas Baleares, la Isla de Cerdeña, el sur de la bota italiana y ya llegando muchas luces de la provincia de Ática.

Al salir del aeropuerto esperaban el autobús y nuestro agente, contándonos a grandes rasgos nuestro programa de viaje y enseñándonos algunas palabras en griego como “buenas tardes”: *kalispera* o buenos días: *kalimera*.

Ya en el horizonte se divisaba la montaña de Ymittos y por la autopista nos dirigíamos hacia nuestro hotel, el Zafolia, situado en una gran avenida de Atenas y donde una buena cena dio paso al descanso del viaje.

Al día siguiente, tras conocer a nuestra guía, que nos acompañaría en todo el viaje y deseamos un *kalimera* agradable partimos hacia el Cabo Sounio bordeando el Golfo de Salónica. El mar de un azul intenso nos hacía soñar con historias de otro momento.

Tras una hora de viaje, apareció el Cabo Sounio. A su nordeste estaba el Santuario de Atenea y allí en lo alto el Templo de Poseidón, construido unos 440 años a.C. Templo dórico constaba de 13 columnas y había estado decorado con esculturas hoy prácticamente desaparecidas. El dios Poseidón en la mitología era hermano del dios Zeus y del dios Hades, dioses que se habían repartido el poder de la Tierra, al igual que el dios de los babilonios Marduk, lo había repartido con sus hermanos en la anterior civilización babilónica. Poseidón, que en la época romana adquirió el nombre de Neptuno, era el dios de los mares, de las fuentes, de los ríos y de las aguas. Se representaba surcando las olas, en un carro tirado por caballos marinos.

Este lugar de Poseidón en cabo Sounio, sitio de encrucijada de griegos, persas, atenienses y jónicos se acompañaba de la leyenda de la muerte del rey de los atenienses Egeo, al precipitarse por sus acantilados por creer, tras divisar un barco con velas negras, al que todas las tardes esperaba, que su hijo Teseo había muerto en lucha con el Minotauro en el laberinto de la corte del rey Minos en Creta.

Desde aquel entonces todo el mar que ante nuestros ojos veíamos se llamaba en su honor, mar Egeo.

Por la tarde, tras la comida, visita libre. Fuimos a la catedral, lugar donde nuestros reyes se habían desposado. Después callejamos, vimos otros templos bizantinos y casi todos asistimos en la catedral católica romana a misa, por cierto con un coro de voces extraordinario. De vuelta, ya cansados, entramos en una taberna, donde el inglés de nuestro compañero Luis, era interpretado amablemente por un cliente que allí estaba y que trataba de traducir al camarero griego, al que no entendíamos ni nos entendía nada. Un buen